

EL SÍNODO DE LOS JÓVENES Y LA CULTURA VOCACIONAL EN LA IGLESIA: UN ARDUO CAMINO DE LA VOCACIÓN A LA LLAMADA

Salvatore Currò¹

EL SÍNODO DE LOS OBISPOS SOBRE LOS JÓVENES Y EL LENGUAJE

El lenguaje vocacional, aunque sustancialmente sigue siendo eclesial y teológico, en estos años, se ha ampliado y profundizado. Con el término *vocación* siempre se ha hecho referencia cada vez más no solo a la vocación específica a la vida sacerdotal y consagrada sino a todas las vocaciones, también a la vida cristiana y a la vida misma como vocación. Se ha desarrollado en este sentido, una *cultura vocacional* que, podemos decir, encuentra una salida y un posterior nuevo lanzamiento en el Sínodo sobre *Los jóvenes, la fe y el discernimiento vocacional* (3-28 de octubre de 2018).

El *Documento final* del Sínodo reflexiona sobre los itinerarios vocacionales específicos (familia, vida consagrada, ministerio ordenado, condición de sol-

¹ Profesor en la Universidad Pontificia Urbaniana y en la Universidad Pontificia Salesiana de Roma, miembro del Consejo Directivo del Equipo europeo de Catequesis.

46 El sínodo de los jóvenes y la cultura vocacional en la iglesia: Un arduo camino de la vocación a la llamada

tero)² analizándolas dentro de la vocación cristiana³, invita a considerar en conexión “profesión y vocación”⁴, reintegra la vida cristiana y la vida como tal al “misterio de la vocación”⁵. De ese modo, la vocación conduce nuevamente a la fe; es comprendida “a la luz de la fe”⁶. Con mirada de fe y vocacional se mira a todos los jóvenes⁷. Pero existen pistas para una ulterior ampliación. La lectura de la juventud evidencia el sentido de la opción⁸ pero es capaz de descubrir también, antropológicamente, los signos de la llamada o que dan apertura a la llamada: la “sana inquietud”⁹, el cuestionamiento (según la invitación de Francisco) “¿para quién soy yo?”, en vez de “¿quién soy yo?”¹⁰, la constitución relacional de la libertad¹¹ y mejor aún su naturaleza “radicalmente responsorial”¹². En semejante contexto (capítulo I de la II parte) se usa aún más la palabra *llamada*, como confirmación de que la misma tiene una connotación más laica con respecto a la palabra *vocación*, caracterizada teológicamente. En un cierto momento se introduce la palabra *llamamiento* que parece servir de puente entre llamada y vocación: “su corazón [el de los jóvenes] está habitado

2 Sínodo de los Obispos - XV Asamblea general ordinaria, *Los jóvenes, la fe y el discernimiento vocacional. Documento final* [en adelante: DF], 27 de octubre 2018, nn. 87-90.

3 «La vocación a seguir a Jesús» (que es el título de la sección formada por los nn. 81-83) constituye la base de la «vocación y misión de la Iglesia» (n. 84) y de la «variedad de los carismas» (n. 85).

4 Invita, pues, a pensar «la orientación profesional» «en un horizonte vocacional» (n. 86).

5 Es el título del capítulo II de la II parte.

6 «La vocación a la luz de la fe» es el título del capítulo II de la segunda parte del «Instrumentum Laboris» Sínodo de los Obispos - XV Asamblea general ordinaria, *Los jóvenes, la fe y el discernimiento vocacional. Instrumentum Laboris* [en adelante IL], 8 de mayo de 2018). El IL y el DF se corresponden en la estructura. Así pues, es posible captar fácilmente, sobre la cuestión vocacional (pero también sobre los otros temas), la profundización realizada por la Asamblea sinodal con respecto al IL, que fue un punto de partida y el instrumento de trabajo del Sínodo.

7 V. DF n. 64. El capítulo I de la II parte («El don de la juventud») es, de hecho, un ejercicio de esta mirada de fe y vocacional (nn. 63ss.).

8 V. n. 68.

9 n. 66.

10 n. 69.

11 n. 73.

12 n. 74.

por un llamamiento silencioso al amor que proviene de Dios¹³. Aquí, existe un entrelazamiento entre vocación y llamada, pero se asoma también una conexión, exquisitamente antropológica, entre opción y llamamiento¹⁴.

Así pues, la cultura vocacional que se va desarrollando en la Iglesia está caracterizada por un movimiento de apertura hacia todos y hacia las dinámicas existenciales de todos. El documento final del Sínodo manifiesta, en conjunto, este esfuerzo de apertura: emerge una Iglesia tendencialmente abierta a todos y que, con su pastoral, quiere llegar a todos los jóvenes¹⁵. Tal apertura, por más que pueda parecer paradójico, está vinculada a la calificación vocacional de la pastoral juvenil¹⁶. En otras palabras, pensar en perspectiva vocacional y apertura, no clausura. Mas, para que sea verdaderamente así, es necesaria una cultura vocacional que se vuelva verdaderamente intérprete de la vida de todos. Seguramente, queda un camino posterior por hacer. Y, sin embargo, el Sínodo señala la superación de una cultura vocacional marcada por una cierta clausura y unilateralidad, aunque cierto – como veremos – con algunas inseguridades. Fue madurando una actitud más abierta (pero no ingenua o acrítica) en relación con la cultura actual. Eso queda confirmado por el sentido que ha asumido la expresión *cultura vocacional*.

UN PASO ATRÁS: LA CULTURA VOCACIONAL EN EL CONGRESO SOBRE VOCACIONES DE 1997

Para captar mejor el avance del Sínodo con relación a la cultura vocacional, puede ser útil dar un paso atrás para observar otro evento eclesial, aunque no del mismo alcance que el Sínodo, no obstante, de gran relieve para la cuestión vocacional y de la cultura vocacional. Se trata del *Congreso sobre las vocaciones al sacerdocio y a la vida consagrada en Europa* (5-10 de mayo de 1997). Dicho congre-

13 n. 74.

14 Tal entrelazado se hallaba ya presente, incluso de modo más fuerte, en el *Instrumentum Laboris* como interrelación entre “proyecto de vida y dinámica vocacional” (II n. 84).

15 El n. 117 del DF manifiesta «el deseo de llegar a todos los jóvenes».

16 «En el camino sinodal surgió la necesidad de calificar vocacionalmente la pastoral juvenil, considerando a todos los jóvenes como destinatarios de la pastoral vocacional» (n. 16).

48 El sínodo de los jóvenes y la cultura vocacional en la iglesia: Un arduo camino de la vocación a la llamada

so se centró mucho sobre el tema de la cultura vocacional, como lo demuestra el documento final: *Nuevas vocaciones para una nueva Europa (In verbo tuo...)*¹⁷.

El Congreso se sitúa siguiendo la estela de las solicitudes de S. Juan Pablo II, el cual, destacando la crisis de la cultura actual y la necesidad de una nueva evangelización, había ya hablado de necesidad de una *cultura vocacional*¹⁸. En el Congreso la problemática vocacional estaba pensada claramente en términos de “cultura de la vocación” y la “*nueva cultura vocacional*” era considerada como importante “componente de la nueva evangelización”. Se trata de promover algunos valores “quizás un tanto olvidados” en nuestra cultura y que sin embargo son fundamentales y constituyen la cultura vocacional. Son valores tales como “la gratitud, la acogida del misterio, el sentido de lo inacabado del hombre junto con su apertura a lo trascendente, la disponibilidad a dejarse llamar por otro (o por el Otro) y verse interpelado por la vida, la confianza en uno mismo y en el prójimo, la libertad de conmoverse frente al don recibido, frente al afecto, a la comprensión, al perdón, descubriendo que aquello que se ha recibido es siempre inmerecido y supera la propia medida y es fuente de responsabilidad hacia la vida”¹⁹. En cierto modo, la comunidad creyente es depositaria de esa cultura y tiene la responsabilidad de transmitirla. Esta “cultura vocacional, como conjunto de valores, debe pasar siempre más del conocimiento eclesial al civil, de la conciencia del individuo o de la comunidad creyente a la convicción universal de no poder construir ningún futuro, para

17 Pontificia Opera per le Vocazioni ecclesiastiche, *Nuove vocazioni per una nuova Europa (In verbo tuo...)*, Documento final del Congreso sobre las Vocaciones al Sacerdocio y a la Vida Consagrada (Roma, 5-10 mayo 1997), 8 de diciembre 1997.

18 Como ejemplo en un Mensaje para la Jornada de oración por las vocaciones, donde S. Juan Pablo II escribía: “Deseo antes que nada llamar la atención sobre la urgencia de cultivar aquellas que podíamos llamar *actitudes vocacionales de fondo*, las cuales dan vida a una auténtica *cultura vocacional*”. Y también: «Se trata de una cultura que permita al hombre moderno encontrarse consigo mismo, volviendo a hacer suyos los valores superiores de amor, amistad, oración y contemplación» (*Mensaje para la XXX Jornada mundial por las vocaciones*, celebrada el 2 de mayo de 1993, 8 Setiembre 1992).

19 Pontificia Opera per le Vocazioni ecclesiastiche, *Nuove vocazioni...*, n. 13. Más adelante el documento hace referencia también a la “capacidad de soñar y desear a lo grande”, al “asombro que consiente apreciar la belleza y elegirla por su valor intrínseco”, al “altruismo que no es sólo solidaridad de emergencia, sino que nace del descubrimiento de la dignidad de todo hermano” (n. 13)

la Europa del 2000, sobre un modelo de hombre sin vocación²⁰. ¿Sobre qué base puede tener lugar tal transmisión? Siguiendo los pasos del Papa en ese mismo Congreso²¹, se evidencia “la *búsqueda de sentido* y el deseo de verdad”, que se esconden tras el “malestar que atraviesa el mundo juvenil” y “nadie puede sofocar”. Son propiamente “esta búsqueda y este deseo” los “que “hacen nacer una auténtica cultura de la vocación”. Y, puesto que la búsqueda de sentido y el deseo de verdad “se hallan en el corazón de todo hombre, incluso de quien los niega, entonces esta cultura podría convertirse en una especie de territorio común donde la conciencia creyente encuentra la conciencia laica y se confronta con ella. A la misma, le dará con generosidad y transparencia aquella sabiduría que ha recibido de lo alto”²².

La relación con el contexto cultural viene marcada, como se ve, por una cierta unilateralidad. La cultura es vista como marcada por la crisis y el malestar. La comunidad creyente, casi ubicada en la otra vertiente, es depositaria de valores. Los puede transmitir sobre la base de un terreno común que es ofrecido por una cultura vocacional. Sin embargo, el sentido de vocación es sustancialmente teológico²³, aunque se funda sobre una base antropológica, precisamente sobre una “búsqueda de sentido para la vida”. Semejante búsqueda se halla en el corazón de cada hombre, no obstante, en la “cultura de la distracción”, “los interrogantes fundamentales corren el riesgo de verse sofocados, o de verse removidos”²⁴. En el fondo, el hombre es comprendido en términos de cuestionamiento y de búsqueda, más que en términos radicalmente vocacionales. La vocación es ciertamente “la categoría bíblico-teológica más comprensiva y más ajustada para expresar el misterio de la vida, a la luz de Cristo”²⁵, pero, evidentemente la toma de conciencia de que la vida es vocación supone una conciencia creyente. La vida es vocación porque Dios, en su amor, nos ha llamado a la vida, nos hizo a su imagen, nos ha formado

20 Ibid., n.13.

21 *Discorso ai partecipanti al Congresso sul tema “Nuove vocazioni per una nuova Europa”*, Città del Vaticano, 9 de mayo 1997.

22 Pontificia Opera per le Vocazioni ecclesiastiche, *Nuove vocazioni...*, n. 13.

23 Como lo muestra la parte segunda sobre «Teología de la vocación» (ibid., nn. 14ss.).

24 Ibid., n. 14.

25 Ibid., n. 15.

**50 El sínodo de los jóvenes y la cultura vocacional en la iglesia:
Un arduo camino de la vocación a la llamada**

orientados al amor²⁶; pero parece como si todo eso se hiciese operante a partir de una toma de conciencia de fe, que supone, en la estructura existencial de la persona, un preguntar y un buscar, que se encuentran en el horizonte de la conciencia. En cambio, nos podemos preguntar si lo humano no sea vocacional ya antes de tomar conciencia, es decir si la vocación se halla ya escrita sobre la piel, en el cuerpo, en el mundo afectivo, preintencional y preconsciente.

LA CULTURA VOCACIONAL EN EL SÍNODO DE LOS JÓVENES

El Sínodo sobre los jóvenes retoma el tema de la *cultura vocacional*²⁷ ampliando el horizonte, como se deduce del contexto de todo el documento, al menos en dos sentidos.

La primera reflexión es la referencia a todos los jóvenes: la Iglesia tiene “el deseo de llegar a todos los jóvenes”²⁸ y llegar hasta ellos en un terreno vocacional. De hecho, ella siente “la necesidad de calificar vocacionalmente la pastoral juvenil, considerando a todos los jóvenes como destinatarios de la pastoral vocacional”²⁹; por eso, advierte que la pastoral juvenil puede y debe ser pensada “en clave vocacional”³⁰. Pero, rápidamente surgen los interrogantes, ¿es posible una pastoral abierta a todos y además toda ella vocacional? ¿No hay en ello una contradicción? Según el Sínodo, ello es posible, ya que “la *vocacionalidad* de la pastoral juvenil no debe ser entendida de manera exclusiva, sino intensiva”³¹.

La otra deliberación es la gestación de una actitud más positiva con relación a los jóvenes y a la cultura. El Sínodo ha reconocido el protagonismo de los jóvenes en la Iglesia y en la sociedad, los ha mirado con empatía, dando lugar antes que nada a la acogida y a la escucha; ha buscado superar la unilateralidad

26 V. Ibid., n. 16.

27 V. De modo particular IL n. 90 e DF n. 80.

28 DF n. 117.

29 DF n. 16.

30 DF n. 138.

31 DF n. 140.

considerándose en camino con los jóvenes³². También en la relación con la cultura actual, prevalece la actitud de apertura (Iglesia en salida), de encuentro, del deseo de dejarse interpelar por los desafíos culturales, por ejemplo, el del mundo digital y el del fenómeno migratorio³³. Es una Iglesia, en cierto modo, humilde y consciente de que con los jóvenes puede comprender mejor el mundo actual³⁴; orientada, ciertamente, a volver a activar su misión en el mundo actual pero consciente de tener que ganar credibilidad cultural³⁵. Es una Iglesia que, mientras habla de los jóvenes y siente que debe permitir que los jóvenes le hablen o que debe hablar *con* los jóvenes, se siente sinceramente en un proceso de “conversión espiritual, pastoral y misionera”³⁶ y en un proceso de “sinodalidad misionera”³⁷.

No obstante, uno tiene la sensación de que en fondo permanece una cierta unilateralidad. La cultura, a fin de cuentas, sigue siendo un lugar de destino y contexto de la evangelización eclesial más que punto de partida para la nueva comprensión de la evangelización misma. Se afirma que con los jóvenes se puede “leer más proféticamente nuestra época y reconocer los signos de los tiempos” y se considera también que los jóvenes son “*uno de los lugares teológicos*”³⁸, pero cuesta trabajo elaborar una reflexión a partir del núcleo mismo de nuestra cultura desde donde Dios habla a todos y a la misma Iglesia. Lo propiamente humano no es reconocido, en el fondo, en toda su humanidad, es decir en toda su vocacionalidad o en su estructura de llamada, a pesar de que se quiera “hablar de la existencia en términos vocacionales”³⁹. En el enfoque vocacional de la existencia, en el sentido de una llamada escrita en la existencia, queda excluido que la existencia “esté determinada por el destino

32 Ver en particular el capítulo I de la I parte sobre «una Iglesia a la escucha» (nn. 6ss.) y el capítulo I de la III parte sobre la «sinodalidad misionera de la Iglesia» (nn. 119ss.). Pero estas actitudes se encuentran en todo el DF.

33 V. el capítulo II de la I parte (nn. 21ss.).

34 V. n. 64.

35 V. nn. 29-31.

36 n. 118.

37 Es el título del capítulo I de la III parte (n. 119) y es el tema que da la perspectiva a toda la III parte.

38 n. 64.

39 n. 80.

52 El sínodo de los jóvenes y la cultura vocacional en la iglesia: Un arduo camino de la vocación a la llamada

o sea fruto del azar” y que la misma “sea un bien privado para ser gestionado en propiedad”⁴⁰. Se supera este doble riesgo, es decir “la mentira de la auto fundación” y la “ilusión de la auto realización”⁴¹, mediante “una renovada cultura vocacional”⁴² o “una verdadera y propia cultura vocacional”. Esta cultura parece vinculada al reconocimiento (y en consecuencia a la toma de conciencia) de que la vida tiene un destino y que somos responsables los unos de los otros. Esa toma de conciencia tiene como lugar primero la comunidad cristiana y está vinculada a la “conciencia bautismal de sus miembros”⁴³. Nos encontramos nuevamente, en el fondo y sutilmente, ante una cierta unilateralidad en la comprensión de la cultura vocacional: desde la Iglesia a todos, de los cristianos a los demás.

Lo cual es inevitable, por otra parte, cuando se comprende la vocación solo en términos creyentes y no sobre un terreno exquisitamente antropológico. En efecto, “el misterio de la vocación” aparece descrito⁴⁴ (solo) desde la perspectiva creyente. Se subraya, el reconocimiento de la iniciativa del amor de Dios en la vida, que implica escucha, reconocimiento, acompañamiento, disponibilidad⁴⁵; “el entramado entre la elección divina y la libertad humana”, pensado “fuera de cualquier determinismo y extrinsecismo”⁴⁶; el carácter personal y dialógico de la vocación⁴⁷. La conciencia vocacional es conciencia de ser llamado e invitado. Estamos llamados a seguir a Cristo o a dejarnos conquistar por su fascinación⁴⁸, a sentir la pertenencia eclesial⁴⁹, a sentirnos en comunión con quien ha sabido responder “Heme aquí” en la historia de

40 n. 80; cf. IL n. 89.

41 Así se expresaba el IL en el n. 90 y también en el n. 80 del DF es sustancialmente retomado.

42 IL n. 90.

43 DF n. 80.

44 En el cap. II de la II parte (nn. 77ss.).

45 n. 77.

46 n. 78.

47 n. 79.

48 n. 81.

49 n. 82.

la salvación, de modo particular la Virgen María⁵⁰. Luego, sobre la base de la vocación bautismal, se van delineando las vocaciones específicas⁵¹.

Como puede verse, la reflexión está fundamentada sobre una visión teológica y se centra sobre una toma de conciencia (o reconocimiento) que se refiere a nuestra condición de criaturas y a nuestro destino. Se trata, gradualmente, de reconocer la iniciativa de amor de Dios, el sentido del bautismo, el ser llamados a la “santidad”⁵² o a la “plenitud de la alegría y del amor”⁵³. Pero, ¿permanecer en el terreno de la toma de conciencia (y además teológica) no significa quedar circunscritos al mundo juvenil creyente o al menos disponible a medirse con la propuesta de fe? ¿No nos arriesgamos a amortizar aquella “sana inquietud” que – reconoce el Documento final – “debe ser ante todo acogida, respetada y acompañada, apostando con convicción sobre su (de los jóvenes) libertad y responsabilidad?”⁵⁴ Tal inquietud, interpretada, comúnmente, como cuestionamiento o búsqueda (de sentido, de paz, en cierto modo de tranquilidad), no es ante todo, es decir antes de todo enfoque de conciencia, vestigio de la estructura vocacional (o de llamada) de la vida? En cambio, ¿el *in* de inquietud, interpretado en el fondo negativamente (como un *no* o un *todavía no*), no expresa antes que nada la iniciativa *ajena* (*la palabra ajena*, justamente la llamada) que nos traspasa? ¿No nos sitúa en el dilema (que escapa a nuestra conciencia) de si estamos o no respondiendo, dilema a ser vivido, antes que a tomar conciencia de él?

Es decir: la primera cuestión sería no orientar la inquietud, mediante una toma de conciencia (de la dirección de la vida o de Dios) sino tenerla viva o de provocarla; no de dar un sentido a la vida sino de estar vigilantes; no de proyectar la vida sino de arriesgar la responsabilidad. Cuando la vocación coincide con la conciencia se ser *llamado/a* y de estar *destinados/as*, o sea cuando es pensada como *una toma de conciencia* (de quién llama y de aquello a lo que se es llamado), se resuelve, en definitiva, al proyectar la vida, se convierte en

50 n. 83.

51 nn. 84-90.

52 n. 84.

53 IL n. 90.

54 DF 66.

54 El sínodo de los jóvenes y la cultura vocacional en la iglesia: Un arduo camino de la vocación a la llamada

la especificación del proyecto de vida. Sin embargo, si la *vocación-llamada* es estructural, el proyecto se ve continuamente contestado desde su interior, con una contestación quizás liberadora; luego, la toma de conciencia es continuamente inquietada, puesta en discusión, quizás liberada y salvada.

[Esta intervención, preparada antes de la publicación de la Exhortación apostólica postsinodal⁵⁵, concluía aquí. Creo poder confirmar mi interpretación, incluso después de la publicación de la Exhortación que, de hecho, se sitúa en continuidad con el Documento final. Pero, es cierto, que la misma omite algunos temas y privilegia algunas acentuaciones. Esto sucede en relación con diversos temas sinodales, y también en referencia al tema de la vocación y de la “cultura vocacional” (expresión, esta, que no se encuentra en la Exhortación). Para dar cuenta de estas diversas acentuaciones, he preferido añadir un apéndice a mi intervención (el texto a continuación) antes que volver a escribir el texto forzando demasiado las convergencias. Me parece que, incluso, esto pone de manifiesto que, sobre el tema vocacional, el camino eclesial sigue presentando sensibilidades diversas y continúa abierto a ulteriores desarrollos.]

APÉNDICE: LA APORTACIÓN DE “CHRISTUS VIVIT”

La Exhortación apostólica postsinodal *Christus Vivit* se inserta en el proceso sinodal, sin que de hecho lo clausure, sino que supone un nuevo lanzamiento. Esto vale para muchos temas sinodales, y también para el tema vocacional. La Exhortación se sitúa, claramente, en la perspectiva de la evangelización y tiene un fuerte acento kerigmático; en el fondo, se presenta como un gran anuncio de Jesucristo a los jóvenes (el cap. IV, que lleva por título “El gran anuncio para todos los jóvenes”, sirve de eje a todo el documento). Los destinatarios son “todos los jóvenes cristianos” y, al mismo tiempo, “todo el Pueblo de Dios”⁵⁶. Existe un deseo de comunicación con todos los jóvenes (incluso no cristianos o alejados de la experiencia eclesial) pero dentro de la perspectiva de la evangelización (tendencialmente abierta a todos). El tema de la *vocación-llamada*, abordado especialmente en el capítulo VIII, hace referencia a todos (todos son amados y llamados por Dios) pero desde una perspectiva

55 FRANCISCO, *Christus Vivit, Exhortación apostólica postsinodal a los jóvenes y a todo el pueblo de Dios*, 25 de marzo 2019 [ChV].

56 ChV, n. 3.

de fe, como si supusiese ante todo una conciencia creyente. Los dos términos, vocación y llamada, son entrambos usados difusamente, en modo intercambiable (el segundo tiene un carácter más popular, a veces es como si explicase el primero) y dentro de un horizonte que sigue siendo teológico, aunque con referencia a la estructura misma de lo humano.

La vocación es, “en sentido amplio”, la “llamada de Dios”. Es una llamada para todos y “comprende la llamada a la vida, la llamada a la amistad con Él, la llamada a la santidad, y así sucesivamente”. En el fondo, la palabra expresa que “nada es fruto de un caos sin sentido, sino por el contrario, todo puede ser encuadrado en un camino de respuesta al Señor, que tiene un proyecto estupendo para nosotros”⁵⁷. La vocación, como puede verse, está vinculada a la conciencia de que la vida tiene un sentido y una orientación y la misma puede ser vivida en la óptica de una respuesta a Dios. La dinámica de la vocación es, luego, presentada como llamada a la “amistad con Él [Cristo]” (como invitación a dejarse alcanzar por su mirada amorosa, a introducirse en una historia de amor)⁵⁸ y al “servicio misionero hacia los otros”⁵⁹. Esta última dimensión “no es un apéndice”, sino que es constitutiva de nuestro ser⁶⁰. La vida tiene “una dirección de servicio”, por lo cual, “en definitiva se trata de reconocer para qué cosa he sido hecho, por qué estoy en esta tierra, cuál es el plan del Señor para mi vida”⁶¹. La problemática del sentido y de la orientación retorna y es decisiva en relación con la vocación: “No se trata de hacer cosas, sino de hacerlas con un significado, con una orientación”⁶².

La *teología de la vocación* emerge, pues, en conexión con una antropología que evidencia la relacionalidad (el ser para los otros) y el sentido (la orientación, el rumbo) como constitutivos de la estructura de lo humano. Esta antropología aparece también en la descripción de las “dos cuestiones fundamentales” relativas a la vocación, la familia y el trabajo, que “deben ser objeto de un

57 n. 248.

58 nn. 250-252.

59 n. 253.

60 n. 254.

61 nn. 255-256.

62 n. 257.

56 *El sínodo de los jóvenes y la cultura vocacional en la iglesia: Un arduo camino de la vocación a la llamada*

especial discernimiento”⁶³. La cuestión de la familia es abordada a la luz del ser llamados al amor, con el reconocimiento de que el sexo es un don de Dios, con una referencia al “para siempre” del amor; sin miedo, en esto, a ir contracorriente con respecto a la cultura sino más bien en la fidelidad al sentido mismo del amor y de lo humano. El tema del trabajo es tratado⁶⁴ en relación con las problemáticas sociales y culturales (fluidez del trabajo, exclusión de los jóvenes, desarrollos tecnológicos, etc.) y sobre todo en relación a la dignidad de la persona y al sueño (vocación) que cada joven lleva en su corazón, que debe ser más fuerte que cualquier dificultad concreta: “No renunciar nunca a tus sueños, no enterrar nunca una vocación, no darte nunca por vencido”⁶⁵. En referencia a las “vocaciones a una consagración especial”⁶⁶, se invita a los jóvenes a tener el valor de cuestionarse incluso sobre este camino, sin excluirlo a priori. Para todos, el camino vocacional se realiza en compañía de Cristo: “Junto a Jesús, podrás reconocer cuál es tu vocación en esta tierra”⁶⁷.

Si nos preguntamos sobre los elementos constitutivos de la antropología vocacional implícita en el texto podemos mostrar los siguientes: somos pensados por Dios (Él tiene un proyecto para cada uno); la vida tiene un sentido, debe tener una orientación; estamos con y para los otros, a su servicio, importantes para el mundo; se descubre la orientación vocacional de la vida en camino con los otros, en la comunidad cristiana, gracias al acompañamiento y al discernimiento (el cap. IX es sobre el discernimiento). Es particularmente importante el subrayado del *para-quién* que manifiesta una concepción dinámica de la existencia y que trata de superar los repliegues sobre uno mismo y la concepción estática o narcisista de la identidad. La gran pregunta no es “¿quién soy yo?” sino “¿para quién soy yo?”⁶⁸ No obstante, cabe preguntarse, siempre dentro de una óptica dinámica y de ruptura con el narcisismo, si no será necesario plantear también la pregunta: “¿De dónde soy yo?”, es fuerte actualmente la exigencia de una reconciliación con las raíces, con la memoria, con la

63 n. 258.

64 Cf. nn. 268-273.

65 n. 272.

66 Cf. nn. 274-277.

67 n. 277.

68 n. 286.

tierra, con la historia, rompiendo con la ilusión de comenzar por uno mismo. Vocación significa también que una palabra (una historia, una memoria) nos precede siempre, radicalmente. Es decir, que esa exigencia, aun cuando se desarrolle en relación con el tema de la vocación, es muy apreciada por el Papa Francisco y bien puesta de relieve en el cap. VI (“Jóvenes con raíces”). Aquí, entre otras cosas, se manifiesta: la conexión entre memoria y futuro; la advertencia con respecto a las propuestas que desarraigan a uno de la memoria y que en consecuencia son ideológicas⁶⁹; la necesidad de un diálogo, más aun, de una alianza, entre jóvenes y ancianos⁷⁰.

Algunos interrogantes de fondo, ya evidenciados más arriba, siguen presentes. Son la señal de que es necesario un avance dentro de la *cultura vocacional* (aunque la expresión, como ya hemos anotado, en la Exhortación apostólica, no se encuentra). Un nudo a desatar es el relativo a la relación y el cruce entre el sentido laico de vocación y el sentido creyente, entre el plano de la conciencia vocacional y el plano sensible y preconsciente de la vocación. Los rasgos de antropología, evidenciados anteriormente, ¿afloran a partir de una conciencia de fe? O. ¿son rasgos que estructuran la existencia como tal, precedentes, por así decir, a la conciencia de fe? En otras palabras: ¿no es cierto que Dios llama a todos, incluso antes de que tomen conciencia e incluso si no tienen conciencia de ello? Y, ¿no es quizás cierto que la llamada, antes que nada y para todos, tiene un carácter sensible, afectivo, corpóreo, preconsciente antes que consciente? Si esto fuese cierto, sería necesario sondear la existencia, con una óptica vocacional, desde un punto de vista fenomenológico, es decir a partir de las vivencias y dentro de una perspectiva de fidelidad a uno mismo, o sea, a la llamada, a la *provocación*, a la *invocación* que la existencia lleva consigo. Por este camino, la palabra *vocación* sería verdaderamente para todos. Además, la propuesta de fe, que necesita de un horizonte vocacional, podría ser concebida dentro de la perspectiva de la fidelidad a uno mismo, al deseo que nos habita, justamente a la *vocación* que nos estructura.

69 n. 181.

70 Cf. nn. 187-189.

